

LA JUVENTUD PASA

LUIS DELGADO BENAVENTE

Por MARINO GOMEZ-SANTOS



Luis Delgado Benavente nace en Getafe. Inmediatamente después de nacer empieza a escribir comedias. Después, sin prisas ni fatigas, se licencia en Filosofía y Letras.

En 1946, su guión cinematográfico "La muralla feliz" gana el primer premio en el concurso del Sindicato Nacional del Espectáculo. En 1951 le conceden el Calderón de la Barca por su comedia "Días nuestros". En 1952, otra vez el Calderón y el Ciudad de Barcelona por sus comedias "Humo" y "Tres ventanas".

Autor de cuentos, publica en varias revistas españolas narraciones tan deliciosas como "El samovar hierve", publicado en "Revista de Occidente".

Nos vemos en una terraza madrileña. Delgado Benavente, mientras carga y sacudé su pipa, contesta a nuestras preguntas. La calle de Alcalá está desierta y las gentes rezagadas forman cola para tomar billetes en el despacho de Marqués de Cubas.

—¿Vives del teatro?
—Intento vivir, que no es lo mismo. Ya comprenderás que... haber obtenido algunos premios y estrenando un par de comedias en sesiones de cámara, eso, realmente, no es vivir del teatro, sino más bien... vivir para el teatro.

—¿Y crees que será un porvenir?
—Sin duda. Como es la novela o el cine, pongo por ejemplo. Nada significa que, en apariencia, estemos en crisis. Los autores consagrados y los no consagrados—éstos, quizá en mayor escala—sabemos que nuestros escenarios decaen por motivos que nos son ajenos. Y que esos mismos escenarios volverían a reanimarse tan pronto como al espec-

tador español se le declare mayor de edad. Lo cual, dicho sea de paso, ya va siendo hofa.

Se habla de las facilidades y de los inconvenientes que tiene el joven autor para estrenar.

—No se nos estrena porque no somos conocidos. Y, claro es, no se nos conoce porque no estrenamos. Lógica perogrullesca cuya premisa inicial sirve de comodín a casi todos los empresarios, incluso a aquellos que, en un momento de insospechada condescendencia, nos aceptaron alguna comedia.

Pero los jóvenes autores no reparan jamás en la importancia del riesgo económico de un empresario.

—Sinceramente, no creo que el riesgo económico de lanzar a un nuevo autor justifique el retraimiento por parte de un empresario. Está por demostrar aún que tal lanzamiento supondría el fracaso. Pero sería injusto verter sobre las Empresas privadas la totalidad de la culpa. El Teatro Nacional también, en cierto modo, es responsable de esta ocultación. Sin ir más lejos, ahí está el premio Calderón de la Barca, que en cuatro años pudo haber descubierto a cuatro autores nuevos y, en cambio, se limitó a repartir ciento veinte mil pesetas entre quince escritores deseosos de estrenar.

Pero nosotros tenemos entendido que una obra de Luis Delgado Benavente titulada "Media hora antes" va a ser representada por una compañía profesional.

—Pudiera ser. A veces también surge lo imprevisto. Y así, está ya en formación una nueva compañía dramática que empezará a actuar con una obra de Alfonso Sastre titulada "La mordaza". Detrás de ésta iría "Media hora antes". La nueva compañía sólo estrenará obras de autores nuevos. Naturalmente, también es nuevo el empresario.

—¿Cómo viven los jóvenes escritores españoles?

—Supongo que no demasiado bien. Sobre todo cuando son auténticamente jóvenes. Es decir, cuando por encima de compromisos y de intereses que mediatizan su independencia, lo que tratan de imponer es su personal sentimiento de la vida, sus impresiones, sus propias ideas.

Entramos ahora a deliberar sobre lo que tiene que hacer el autor teatral de hoy.

—Como todo escritor, como todo creador de arte, el autor teatral de nuestros días entiendo que debe ser honrado consigo mismo. Lo demás—incluso el éxito—vendrá después, como consecuencia de esa sinceridad. La literatura de hoy, quizá más que la de ningún otro momento histórico, necesita estar alimentada de verdades.

Le indicamos a Luis Delgado Benavente que el escritor actual abusa, quizá demasiado, de la crudeza.

—No, que no se nos reproche amargura o resentimiento. No es culpa nuestra que el mundo en que vivimos no sea de color de rosa. Por otra parte, no deja de ser gracioso que sea a los autores de teatro a los únicos que se nos pide frivolidad. ¿Por que, digo yo?

La entrevista acaba. Ha sido toda una tarde de conversación, equivalente a diez pipas de Luis Delgado Benavente.

En la calle de Alcalá, solitaria, como un salón deshabitado, se oyen las voces de los vendedores fantasmas que gritan: "¡Ha salido MADRID!"

Melitón, el último cochero, a quien el Ayuntamiento de Madrid no le ha dado aún un premio por su resistencia, duerme plácidamente en el pescante de su carruaje.

Unos novios paletos suben a él. Suenan el látigo en los lomos desnudados del caballo. Noche.